

Y retrocedió, me odió los brazos
al cuello y me besó con más apasiona-
miento del que jamás me hubiera
aferido a el para. Ella, viendo
mi aturdo al apertarse, debió de
sorprenderse a su vez porque pre-
guntó, con los ojos muy abiertos,
"¿qué pasa?" y que ni había he-
cho algo mal.

- No, no, pero que sí - me
apresuré -, pero, ni puedo ser
sincero...

- Naturalmente, es así; es más,
debes serlo - miró el reloj y urgí -:
pero de prisa, Tesoro, que se me
empieza a hacer tarde.

Para otro tipo de persona,
usted, más o menos, que parece un
hombre de mundo, habría sido